

CAPÍTULO XII

LA CONTROVERSIA CRISTIANA.

Los protestantes debían reírse de las encarnizadas discusiones de la Iglesia católica, que se jactaba de la unidad de su doctrina como de su principal distintivo. Sin embargo, semejantes discusiones sobre algunos puntos abandonados á la cuestión, eran muy diferentes de las profundas disidencias nacidas, no entre los católicos, sino del desarrollo del libre exámen, que con el socinianismo había llegado á negar la divinidad de Jesucristo.

La cuestión de los arminianos se agitaba en Holanda (1618); y cuando el sínodo de Dordrecht las reprobó, opusieron á su autoridad las mismas razones que los protestantes habían empleado para recusar el concilio de Trento; recibieron las mismas respuestas, y se les opuso los mismos ejemplos en que los teólogos católicos se apoyaron entonces. Los arminianos fueron considerados como paganos por el clero intolerante, sin que pudiese, sin embargo, impedir que sus escritos circularan. Courcelles, de Ginebra, sucedió á Episcopio con menos talento, pero con más conocimientos de las antigüedades eclesiásticas; Limborch, sobrino de Episcopio, dió á luz la exposición más completa de la doctrina arminiana (*Teología cristiana*, 1686), tanto como es posible en una iglesia que no se une por símbolos. Estas opiniones fueron apoyadas por Juan Leclerc, sobrino de Courcelles, en el *Comentario del Antiguo Testamento* donde con erudición más extensa que profunda, argumenta sin manifestar pasión sino contra los romanos; y comprendiendo el poder de las revistas literarias, ejerció por medio de la *Biblioteca universal escogida, antigua y moderna* (1668-1730) un terrible despotismo sobre las opiniones. Así como niega que sea Moisés el autor del Pentateuco y explica físicamente los milagros,

del mismo modo impugna los pasajes que demuestran la divinidad de Cristo y la Trinidad; y en unión de Limborch, y aun del famoso médico Van Dale, difundió estos errores desde la cátedra y en los periódicos. Otros también, tanto en Holanda como en Inglaterra, impugnaban la preexistencia de Cristo, ó sostenían que no eran más que una criatura privilegiada.

Arrojados los socinianos de Polonia (1660), buscaron un refugio en Holanda, donde no se vieron sujetos á otro vínculo que á imprimir con la fecha de Eleuterópolis é Irenópolis, Ereystadt ú otra semejante, é hicieron algunos prosélitos.

Habiendo demostrado Courcelles y Petavio, en las *Dogmata theologica*, que la opinión arriana se había extendido entre los Padres antes del concilio de Nicea, proclamaron su triunfo, lo que hizo que la obra de Bull (*Defensio fidei Nicene*) fuese muy oportuna, y aquél tenido por campeón de la polémica arminiana en Inglaterra. Sanroft escribió un diálogo (*Fur predestinatus*, 1651) entre un condenado á muerte y el ministro que le asiste, en el cual el primero asegura que está predestinado á la vida eterna, apoyándose con mucha vivacidad en las principales autoridades calvinistas, sin dejar de citar á Zuinglio, Beza, Zanchi, Lutero, y rechazando toda autoridad moderna. El clero anglicano realista, perseguido por los sectarios calvinistas, combatía en favor de las opiniones opuestas, como lo hacían Barrow y South. Sin embargo, el arminianismo se aumentaba, y la juventud se alistaba en las filas de los *Latitudinarios*, que rechazando toda transacción con el papa, estaban más instruidos en la filosofía profana que en el estudio de los Padres; favorecían la religión natural, y extendían más que en los primeros siglos los principios del cristianismo.

De esta manera se sustituían las *Instituciones teológicas* de Episcopio á las de Calvino, y se disputaba con más osadía que en el jansenismo, con respecto á san Agustín, combatiéndole los unos con ayuda de las diferentes interpretaciones de la Escritura, los otros ensalzando la ley natural, é inculcando los deberes morales. La *Armonia apostólica* de Bull (1669), compuesta para poner de acuerdo á san Pablo y á san Jaime, sobre un punto en que parecen en oposición, estableció que es necesario comentar el primero por el segundo, y no hacer lo contrario, en atención á que la más reciente autoridad debe ser superior, siendo de presumir que lo que al principio era oscuro ha sido después aclarado. Fué refutado no solo por los presbiterianos, sino también por los que hacían con Lutero consistir la justificación en la fe.

Parafraseando el Nuevo Testamento Hammond, interpretaba las epístolas de san Pablo de una manera enteramente diferente de Beza y otros teólogos del siglo xvi, y adquirió gran autoridad. En la *Exposición del sínodo de los apóstoles* (1659), Pearson, además del sentido natural, trata de la mayor parte de los artículos de la creencia ortodoxa, reasumiendo los argumentos y las autoridades. Taylor rechazaba todo lo que no existía en la Escritura, introduciendo dudas sobre todo lo que no pertenecía á la doctrina primitiva de la Iglesia. Dodwell, en sus *Disertaciones sobre san Cipriano*, reducía á los mártires á un número muy pequeño, acusaba á los santos Padres de credulidad, y suponía compuestos los Evangelios en tiempo de Trajano.

Tomás Burnet, obispo de Salisbury, que se señaló por su violencia en los partidos políticos de su país y contra Luis XIV, publicó una *Historia de la Reforma*, que fué refutada por Bossuet, y una *Teoría sagrada de la tierra*, toda llena de delirios. Pone en discusión en la *Arqueología filosófica*, la *Historia literal del Génesis*, y combate en el *Estado de los muertos y de los resucitados* la eternidad de las penas, sosteniendo que todo el género humano debe al fin salvarse. El obispo Leslie publicó un método corto y muy estimado para combatir á los deístas.

Podríamos añadir Stillingfleet, Wacke, Clarke, predicador, metafísico y controversista, y otros célebres escritores sobre cada parte de la disciplina eclesiástica, pero la libertad de pensar permitía á los socinianos, á los arrianos, á los latitudinarios, á los deístas revelar su osadía; quedó el anglicanismo reducido á dejar que cada uno creyese justa la creencia privada, conservando, sin embargo, ciertas formas exteriores de culto por el bien parecer. Wilkins fué quien principió á tener estas condescendencias, y el arzobispo Tilotson compuso los *Principios y deberes de la religión natural*, tendiendo á separar la obligación moral de la religión; Chillingworth sacó de aquí un sistema al que Locke dió fórmulas filosóficas, y se llegó por fin hasta negar el cristianismo como lo hicieron Hobbes y Espinosa.

Los alemanes no dejaron de combatir en el sentido católico ó en el opuesto. Juan Alberto Fabricio, de Leipzig, hizo profundas indagaciones sobre la Escritura, y sobre los autores eclesiásticos en sentido luterano, así como Juan Federico Meyer, Meelfuhrer, Juan Oleario, y su hijo Godofredo, que combatió á los socinianos, y Augusto Herminio Franck de Lubeck que dió en Leipzig conferencias sobre la Sagrada Escritura, y fundó en Hall un hospicio para los huérfanos. Goetze, pastor en Lubeck, dejó cerca de ciento cincuenta escritos de controversiones, y Joeger de Stuttgart, una *Historia eclesiástica*, como también los exámenes de las opiniones de Espinosa, Grocio y Puffendorf.

Ricardo Simon del Oratorio (1638-1712), sabio hebraizante y uno de los eruditos franceses más distinguidos en su *Historia crítica del Antiguo y Nuevo Testamento*, despoja del Pentateuco á Moisés para creerlo compilado por los escribas en tiempo de Esdras. Fué combatido por Leclerc y por Bossuet: acusándole los protestantes de debilitar la Escritura atribuyendo demasiado á la tradición, encontrando los católicos que no insistía sobre la tradición, sino para evitar el cargo de temeridad. Hizo frente, armado con todas armas, á un diluvio de escritos; después publicó la *Historia crítica de los principales comentadores del Antiguo Testamento*, en la que tratando con ligereza á los concilios, á los Padres, y sobre todo á san Agustín, se inclina hácia los unitarios. La osadía de sus paradojas es la práctica de su máxima, que es preciso siempre en las discusiones sacar ventaja sobre sus adversarios (1712), reduciéndolos á la defensiva, son á propósito para producir impresión en los ánimos vulgares.

Jurieu, 1639-1713.—Los protestantes á quienes las persecuciones de Luis XIV habían precisado á salir de Francia, recurrieron á la pluma. Pedro Jurieu, de Orleans, desterrado en 1681 por su *Política del clero de Francia*, y nombrado cura de Rotterdam, publicó muchas obras en favor de su comunión, para ventilar sus cuestiones con los católicos y los protestantes. Irascible, implacable, con frecuencia visionario, sostenía que el papa era el verdadero Antecristo. Decía profecía, y fomentaba las disensiones interiores de la Francia. Viendo que el protestantismo conducía necesariamente al racionalismo, hizo una tentativa desesperada para salvar los dogmas principales, deduciéndolos de la conciencia humana. El hombre encuentra en sí el sentimiento de un pecado original, en su consecuencia Dios le condena; y como Dios no puede ser satisfecho sino con méritos infinitos, es necesario el sacrificio de una persona divina; lo que implica la multiplicidad de las personas en Dios y la encarnación de una de ellas. Mezquina síntesis de inciertas deducciones para construir su edificio sobre el mundo y sobre la fe; y Bossuet exclamaba: «Es verdaderamente burlarse del género humano quererle hacer creer que se comprende de este modo una Trinidad y una Encarnación.»

Se encontró en oposición con Isaac Jaquelot, que escribió un *Tratado de la verdad y de la inspiración del Antiguo y Nuevo Testamento*. Isaac de Beausobre, refugiado en Holanda y en Alemania, después inspector de las congregaciones de los franceses en Berlín, compuso la *Historia crítica del maniqueísmo*, con gran conocimiento de la de las antigüedades eclesiásticas; escribió asimismo varias obras de controversia, como también sermones, y continuó haciéndolo hasta la edad de ochenta años. Era miembro de una sociedad de sabios desterrados que se titulaban los Anónimos, y redactaban la *Biblioteca germánica*. A esta sociedad pertenecían Formey, Beausobre, Lacroze, Mauclerc, Jacobo Lenfant, autor de la *Historia de los husitas, y del concilio de Constanza*.

Jacobo Basnage, de Ruan cuyo padre había hecho varias observaciones sobre los anales de Baronio, se había refugiado en Holanda bajo la protección del gran pensionario Heinsio. Discípulo, después adversario de Jurieu, y muy superior á su maestro en la lealtad y en el candor, dejó muchas obras, de las cuales las principales son: la *Historia de la Iglesia* y la de las iglesias reformadas. Jacobo Abadia del Bearn, pastor de la iglesia reformada en Berlín, después en Inglaterra, es conocido principalmente por su *Tratado de la religión cristiana y de la divinidad de Jesucristo*. Combate á los ateos, á los deístas y á los socinianos con una argumentación aplaudida hasta por los católicos, contra quienes dirigió después la *Verdad de la religión cristiana reformada*, como también las *Reflexiones sobre la presencia real*; escribió además muchos opúsculos de controversia.

Bayle, 1647-1706.—Podríamos añadir además el místico Poiret, La-Placette, Naude, Saurin, Alix, refugiado en Inglaterra, como también á Dubourdiou, Grosttete, Le-Duchet y otros muchos; pero nos detendremos en Pedro Bayle, que reunió en un grado elevado la filosofía y la erudición. Nacido en Carlat, en el condado de Foix, de un padre hugonote, amaba la lectura hasta el punto de ponerse enfermo; eran sobre todo sus delicias Plutarco y Montaigne. Habiendo ido á estudiar á Tolosa con los jesuitas, se convirtió allí al catolicismo, probándolo con la discusión pública que sostuvo con mucha pompa: dedicó su tesis á la Virgen, madre de Dios, *idolatría* que, para su padre, llenó de amargura sus triunfos. Pero habiéndole sugerido sus parientes objeciones contra las doctrinas de los católicos, las abjuró. Como había podido conocer ambas religiones, resultó de esto que no tuvo celo por ninguna, y se mantuvo con respecto á ellas en una indiferencia parecida al desden, lo cual le preservó al menos de ser perseguidor como su siglo.

Habiendo ido Bayle á Ginebra, adquirió allí reputación; amigo de Basnage, Pictet y Leger, se dedicó á la enseñanza como profesor, y obtuvo de este modo el poder ir á París. Habiendo después pasado Basnage á la universidad de Sedan para estudiar allí las ciencias sagradas, según el espíritu

de los reformados, le recomendó á Jurieu, quien le hizo llamar para que enseñase allí la filosofía. Manifestó en diferentes escritos, que aparecían tan pronto con su nombre como bajo de uno supuesto, una erudición extraordinaria que no perjudicaba á la sagacidad filosófica. Habiendo aparecido un cometa en 1680, no sólo el vulgo le creyó señal de desgracia, sino que varios sabios sostuvieron que Dios había empleado medios semejantes para cambiar la religión. Bayle pretendió entonces discutir «si el ateísmo es peor que la idolatría y una causa necesaria de delitos.» Y «si Dios podía querer mejor que el mundo quedase sin conocerle, ó envuelto en la idolatría, como sucedería si el cometa presagiara inminentes catástrofes.» Contra en discusiones de este género, la costumbre de confiarse con osadía al filo de su dialéctica y sacar con frialdad todas las deducciones de ella. No pudo publicar semejante escrito sino en el momento en el que habiendo sido abolida la universidad de Sedan por la revocación del edicto de Nantes, obtuvo una cátedra en Rotterdam. Creció su reputación en esta ciudad hasta el punto de convertirse Jurieu en enemigo suyo, envidioso de todo el que le eclipsaba.

Su *Crítica general de la Historia del calvinismo, por Mainburgo*, trabajo de quince días, en el que no refutaba punto por punto al jesuita, sino con ayuda de consideraciones generales, tuvo más boga. Como circuló con actividad por Francia, el padre Maimburgo obtuvo que fuese quemada; entonces los partidarios de Bayle hicieron imprimir la sentencia en una edición de trescientos ejemplares, fijándolos en todas partes, lo que hizo se buscara más la obra; y apareció una nueva edición aumentada por el autor, que permaneció mucho tiempo desconocido. Admirado Bayle de que los holandeses no pensasen, con tantos hombres instruidos y una prensa libre, en fundar un periódico, género nuevo de publicación cuya importancia conocía, concibió la idea de publicar uno, incitado además por el despecho que sentía contra un periodista de París que atacaba á las personas de mayor mérito. Comenzó, pues, en 1684, las *Noticias de la república literaria*, que contenían análisis razonados de obras nuevas y simples noticias con algunas notas. Después de haber hecho uso de una crítica moderada y prodigado escusivos elogios, conoció que el público prefiere la burla, y se dedicó á satirizar; adquirió entonces gran crédito, y tanto más que su periódico estaba prohibido en Francia (1). Louvois persiguió por venganza al hermano del escritor, hasta el punto de hacerle morir en una horrible prisión. Este fué para Bayle un motivo más para la intolerancia religiosa, y contra los aplausos prodigados al gran rey por el servilismo francés.

(1) Las noticias fueron continuadas por Enrique Barnage, hermano de Jacobo, en la *Historia de las obras de los sabios*.

Dió á luz el escrito titulado: «¿Qué es la Francia enteramente católica bajo el reinado de Luis el Grande?» cuadro lleno de mentiras de la Iglesia y del clero, que, según él, había hecho aborrecer el nombre cristiano.

No quedaban entonces realmente más que dos caminos: ó creer firmemente en una de las religiones en lucha, y en su consecuencia, hacerse perseguir por la otra; creer poco en ambas, ó proclamar la tolerancia. Muchas personas pretendían, y no eran sólo los católicos, que un príncipe puede, y hasta debe emplear la fuerza para hacer que sus súbditos adopten la unidad de creencia. Juzgando Jurieu inminente el triunfo del protestantismo, detestaba á Luis XIV como enemigo de la religión y de toda la Europa. Sacaba de su creencia la idea de la soberanía del pueblo, como Beza, Milton, Buchanan, Duplessis-Mornay, y tantos otros célebres protestantes; como todos los ingleses, que en nombre de aquella soberanía habían condenado á su rey. A los ojos de aquel hombre de viva imaginación, Bayle debía ofrecerse bajo los más tristes colores; pues moderado y tranquilo, predicaba éste la tolerancia, quería remediar el desorden que había llegado á ser general en tiempo de la Reforma, y reclamaba la libertad de pensar, la que encontraba tanto ó más reprimida por el calvinismo que por la inquisición; en fin, negaba en su *Comentario á las palabras del Evangelio COGE EOS INTRARE*, que nadie puede perseguir á otro por motivos religiosos, sosteniendo que pertenece á cada uno interpretar la Escritura según su inteligencia.

Jurieu, cuyas profecías ridiculizaba Bayle, obtuvo contra él persecuciones jurídicas. No le quedaba, pues, apóstata de ambos partidos, quemadas sus obras por los católicos, atacado por los calvinistas, más que predicar la tolerancia filosófica. Mas no era ésta la que aconsejaban hacia un siglo los socinianos y los arminianos, tolerancia apoyada sobre las ideas religiosas y la fe de una conversión cristiana universal: la suya se fundaba sobre el argumento escéptico que nadie está cierto de su propia creencia para poder perseguir la de los demás. Tal nos parece ser el objeto de su *Diccionario histórico crítico* (1697), trata de llenar los vacíos del de Morery, lo que le hacía incompleto y enojoso, por las continuas refutaciones á que se entrega. Después de algunas líneas de texto de grandes desarrollos, de digresiones sin fin, trata las cuestiones que menos se esperan. Abunda en anécdotas, y se deleita en bufonadas; pero nadie puede negarle un saber inmenso, gran delicadeza de talento y juiciosa observación. Supo hacer ligero, con una jocosidad continua, con la idea libre y luminosa que emplea en combatir la preocupación y con una perseverancia inexorable, todo el farrago de erudición del siglo anterior. Lisonjeó la frivolidad del talento, aun en estado latente en las clases elevadas, haciéndose legible, á pesar de su erudición; castigó el amor propio revelando la

incertidumbre de los hechos, como la locura de las opiniones, la pequeñez de los grandes, poniendo en duda toda verdad, desvirtuando toda gloria. Gran dialéctico, colector incansable, poseyó igualmente el conocimiento del corazón humano; se cura muy poco de la libertad política, y mucho de la filosófica.

En este nuevo método de ataque hecho con cierto aspecto de recuerdo, en el que parecía limitarse á referir lo que otros habían dicho, la duda era para él, no un medio, sino un fin. Todo lo ponía en la balanza; y si encontraba una opinión mal defendida, la apoyaba con el objeto de manifestar que hasta los antiguos errores y las más absurdas herejías pueden ser sostenidas con argumentos capaces de reducir al silencio á los más aguerridos dialécticos. Proseguía probando que la razón humana es tan poderosa para refutar como débil para probar las verdades morales ó las históricas. El objeto deplorable que se ha propuesto destroza el corazón de aquel que tiene necesidad de fe y amor; lastima aquella imperturbable burla, aquella indiferencia á la verdad, y poca rectitud en procurarla. No disimula su inclinación á los maniqueos y llega á ser dogmático, burlándose de los dogmáticos y de los que se mofan de la opinión ajena.

En la reimpression de 1702 tiene en cuenta las numerosas oposiciones que ha originado, y concluye diciendo que hay contra la religión objeciones á las cuales la razón no puede contestar; pero que un buen cristiano no hace caso de ellas y descansa en su fe. No afirmaba, pues, más que la duda, que elegía principalmente sobre el principio del mal y la eternidad de las penas. Aunque opone el pró y el contra, no obra de esta manera por imparcialidad, sino por el placer de destruir la pretendida seguridad de los teólogos, filósofos, físicos é historiadores. Contestó con un pasaje de Lucrecio al cardenal de Polignac, que le preguntaba á qué secta ú opinión pertenecía; como éste se lo exigiese, se contentó con decir que era protestante, lo cual no significaba nada. Preguntado con más precisión, contestó con impaciencia: «Sí, señor, soy buen protestante en toda la extensión de la palabra, pues en el fondo del corazón protesto contra todo lo que se dice ó se hace.» (2) Otra vez decía: «Mi gusto es formular dudas, pero no más que dudas;» (3) y en medio de este escepticismo le alcanzó la muerte. Vanguardia de

(2) FAUCHER, *Historia del conde de Polignac*, I, 410.

(3) Puede decirse que sus dudas religiosas están resumidas en estas palabras de la *Contestación á las preguntas de un provincial*, cap. 120. «En todo me he reducido á manifestar que las objeciones filosóficas contra lo que la teología nos enseña sobre el origen y las consecuencias del pecado son tan grandes, que nuestra razón es demasiado débil para resolverlas, y que de esta manera debemos sujetarnos con respecto al misterio de la predestinación, enteramente como en los demás misterios á creerlos sobre la

tud las decisiones de la Iglesia sobre las controversias de la época, evitando todo lo que era idea particular de teólogos, toda adición de la credulidad ó de la piedad, hasta los ritos y costumbres, por generales que fuesen, y sancionados por la disciplina regular. Sin admitir ninguna espresion ambigua, habla con la precision empleada por la Iglesia cuando pronunciaba los cánones de los concilios, pero sin aquel tono imperioso que provoca la resistencia desechando la persuasion: produjo este libro gran sensacion; los protestantes sostuvieron que se separaba de las doctrinas romanas, hasta el punto de diferir muy poco de ellos. Se vieron, pues, muy mortificados cuando toda la Iglesia aprobó aquella espresion tan clara como sencilla de la doctrina universal. Es cierto que Bossuet separaba la fe positiva de la fe viva, como incorporada al culto diario del pueblo.

No hacia, pues, en esta obra más que la apologia del concilio de Trento, en atencion á que le bastaba para los católicos demostrar que sus dogmas estaban conformes á los de todos los siglos anteriores. Es cierto que se le propusieron dudas y objeciones sobre puntos particulares; pero era posible sostener una discusion parcial con personas que protestaban contra toda autoridad? Empezó, pues, combatirlos en general en la *Historia de las variaciones de la iglesia protestante* (1688); asunto que se adaptaba más que ningun otro á su impetuosidad y á su inflexible sarcasmo: «¡Hablais de fe, decia, de doctrinal! ¿Teneis acaso una doctrina, una fe? Una fe que cambia no es fe, no es la palabra de Dios, pues esta es inmutable.» Y demostraba la contradiccion de sus símbolos y de sus profesiones de fe; sus perpétuas variedades no sólo de Iglesia á Iglesia, sino de una época á otra en la misma Iglesia, cuando, sin embargo, cada confesion pretendia ser la espresion pura é invariable de la palabra divina, consignada en los libros sagrados (5). En este resumen de un proceso largo y complicado espone los hechos con tanta lealtad como claridad, amenizando la aridez de la materia con la vivacidad de la espresion y la habil pintura del carácter de los reformadores á quienes no denigra, sino que destrona, señalando sus contradicciones, que rechazan la idea de una inspiracion divina.

Los mismos reformados no habian comprendido toda su mision; así era que se desconsolaban al ver cuantas sectas engendraba su creencia y las anatematizaban. No podian, sin embargo, pretender por la esencia misma de la Reforma la infalibilidad, y hubieran podido aceptar los cargos de Bossuet como una espresion de aquella libre interpretacion concedida á cada uno: de esta manera los hubieran precisado á cambiar de táctica, y á remontarse á un principio más elevado. Sea lo que

(5) Se ejerció principalmente en el *Symagma confessionum*, que acababa de publicarse en Ginebra.

se quiera, este modo de manifestar que su insurreccion no era más que una mezcla confusa en la que cada uno atacaba con armas diferentes, sin union en el objeto ni en los medios; que desde la confesion de Augsburgo hasta el concilio de Dordrecht, habia resultado continua vacilacion en las creencias en que importa más la certidumbre, no dejó de ser funesta.

El Aviso á los refugiados, en el que Bayle ó cualquier otro demostraba claramente la inestabilidad de doctrina entre los reformados, ofrecia á Bossuet una hermosísima ocasion para que no se aprovechase de ella: sacó tambien partido de la célebre decision de Lutero, Melanchton y Bucer en favor de la bigamia de landgrave de Hesse, de que se habia tenido ya algun conocimiento, pero que procedia sólo de serlo entonces legalmente (6). Probó de esta manera que las doctrinas de los innovadores daban consecuencias inmorales; predijo que todas concluirían en el socinianismo, es decir, por negar á Cristo; y demostró que los que consideraban á sus corifeos como autores de volverlos á la pureza de los bellos dias del cristianismo, estaban en una completa ilusion.

Entre los que emprendieron refutarle, el sábio Basnage, que sin embargo, no usó en la lucha más que cólera é injurias, es el único que merece ser mencionado. Fanático Jurieu, procuró con ardientes pastorales que multiplicaba más que combatir á Bossuet, sino evitar los efectos de su elocuencia. Sostenia que «la verdad de Dios no habia sido conocida sino poco á poco.» Bossuet le opuso las *Advertencias á los protestantes*, en las que demuestra que la Iglesia ha tenido siempre por cierto que la revelacion fué perfecta desde el principio, y que se ha referido á ella en todas sus decisiones sucesivas. Y como Jurieu se habia hecho adversario de los socinianos, probó que podian volver fácilmente contra él todos los argumentos de que se servia contra los católicos.

No faltaban entre los protestantes ministros que lealmente deseasen la verdad, como nos parece serlo Juan Claude, uno de los oráculos de la religion y jefe del consistorio de Charenton, rico á la vez de talento y virtud. La señorita de Duras, sobrina de Turena, cuya *Historia de las variaciones* determinó su conversion, como tambien la de su tío y otros muchos (7), deseó oírle discutir con

(6) El elector palatino le hizo publicar para justificarse de tener mujer y concubina.

(7) Entre las personas convertidas por Bossuet, cuya lista se puede ver en su historia del cardenal Bausset al fin del tomo II, creemos deber nombrar aquí á Isaac Papin de Blois, que habia sostenido en diferentes escritos teológicos la causa protestante y se habia atraído las persecuciones de Jurieu. Abjuró en 1690, después de varias conferencias, en manos de Bossuet, y desde entonces publicó varios escritos en favor de la Iglesia católica, como *Los dos caminos opuestos en materia de religion*.—*El examen particular y la autoridad*.—*La causa de los herejes instruida y juzgada*

Bossuet. Resultaron de esto las *Conferencias* que se imprimieron, y que cada uno de los dos partidos dice haber coleccionado con toda fidelidad.

Estraño parecerá que en el momento en que se disputaba en el seno de la Iglesia sobre la gracia (1670), sobre el amor puro, sobre la supremacia papal sin llegar á entenderse, pudiera abrigarse la esperanza de reconciliar con ella á los disidentes. Esta esperanza renació, sin embargo, en las almas tiernas; y la tarea parecia más fácil desde que los odios habian perdido su vigor y los intereses humanos no oponian obstáculos. En efecto, personajes llenos de candor y sinceridad, estimados de ambos partidos, se dedicaban á ella con celo. El obispo de Neustadt, Cristóbal Espinola, de Génova, habia entrado para este efecto en negociaciones con Molano, el más hábil y moderado de los luteranos de aquella época. Llegaron á recíprocas concesiones, que fueron después admitidas por Bossuet y por el mayor filósofo de Alemania, Godofredo Leibnitz. Mientras se trató únicamente del cáliz, del matrimonio de los sacerdotes y otras condescendencias semejantes, pudieron entenderse fácilmente; pero era necesario que los luteranos creyesen que la Iglesia no puede errar, y que aceptasen plenamente el concilio de Trento: ahora bien, Bossuet no podia ceder en esto una pulgada de terreno.

Aunque Leibnitz fué el más tolerante entre los luteranos, introdujo en la discusion, puesta en buen camino por Molano, sutilezas y trabas; tal vez no continuó lealmente la empresa hasta el fin por consideracion á la casa de Hannover, que la tolerancia habria hecho desmerecer entre los ingleses, y después de haber manifestado habilidad y grandes conocimientos defendiendo su causa, se perdió en dificultades de detalle, y utilizó sobre pequeñeces. El duque de Sajonia Gotha renovó tambien este proyecto; y Clemente XI encargó á Bossuet redactar un proyecto de reunion que no pudo verificarse por las guerras que estallaron.

Leibnitz estaba efectivamente conforme con muchos puntos del catolicismo, y entre sus papeles se halló un *Systema Theologicum*, en que defiende abiertamente la transustanciacion y la supremacia de los papas. Cuando los luteranos estaban próximos á la union, se sometió á la decision de

por el método del derecho. Sostuvo como Pascal en la *Vanidad de las ciencias*, la impotencia de la razon humana. La principal conversion debida á Fenelon, es la de Ransay, literato inglés, entonces de gran reputacion, que escribió la *Vida del arzobispo de Cambrai*, los *Viajes de Ciró*, imitacion de Telémaco, y se dedicó á extender por Francia los francasones, de quienes fué gran canciller.

Helmstad este punto: *Si una princesa protestante, destinada á casarse con un católico, podia abrazar la religion católica sin escrúpulo de conciencia*. Esta princesa era Isabel Cristina de Brunswick-Wolfenbuttel, prometida de Carlos VI. En 28 de abril de 1707 los doctores luteranos declararon: «Estamos convencidos de que los católicos no disienten de los protestantes, y que si aun existe alguna polémica ó disputa entre ellos, es sólo de palabras. El fundamento de la religion está en la Iglesia católica romana, de modo que dentro de ella se puede ser ortodoxo, vivir bien, morir y salvarse. La serenísima princesa de Wolfenbuttel puede, pues, con motivo de su matrimonio, abrazar la religion católica.» Gran escándalo promovió esta decision en Holanda y en Inglaterra.

Pero herejias de mayor importancia, aunque menos ruidosas, se introducian; y Bossuet las conocia cuando escribia al obispo de Frejus: «El espíritu de incredulidad se aumenta de dia en dia,» y en otro lugar: «La indiferencia de la religion es la mania de nuestro siglo; reina visiblemente en Inglaterra y Holanda, y se introduce tambien bastante entre los católicos.» Como decia tambien: «Preveo que los despreocupados podrán perder crédito, no por horror á sus sentimientos, sino porque todo es indiferente, escepto los placeres y los negocios.» (8) Cuando se traian de los viajes de Oriente libros sagrados, que interrumpian el círculo á que se habian circunscrito los defensores de las Sagradas Escrituras; cuando los jesuitas encontraban en la China una historia muy antigua, una moral sábia, ritos á los cuales creian deber adaptarse; cuando una falsa compasion, como se quejaba tambien Bossuet, y una falsa sabiduria inspiraban á ciertos doctos talentos, inclinacion á estender la verdadera religion á otros pueblos diferentes de aquel que fué elegido de Dios, á quien querian rebajar reduciéndole sólo á Dios de ese pueblo, sin saber adorar temblando los juicios secretos é impenetrables del Señor; cuando el cristianismo, en lugar de buscar en sí mismo la razon, se sujetaba á los sistemas cartesianos; cuando las personas más dignas iban al sermón con el mismo sentimiento que á la comedia ó al baile, y que tanto les afectaba Bourdaloue como Corneille, sin hacer uno y otro más que proporcionar un buen pasto á los buenos talentos; la rigidez del jansenismo, la relajacion de los molinistas, las ilusiones y el quietismo adoptaban otra significacion; y se nota ya detrás de Jurieu la irónica sonrisa de Voltaire y Dupuis.

(8) Segundo sermón para el segundo domingo de Adviento.